



Darío Sztajnszrajber

“EL AULA TRADICIONAL SE ESTÁ MURIENDO”

ENTREVISTA CON DARÍO SZTAJNSZRAJBER, FILÓSOFO, DOCENTE Y CONDUCTOR DE “MENTIRA LA VERDAD”.
¿CÓMO ENTRA LA TECNOLOGÍA EN EL AULA? ¿QUÉ TRANSFORMA? ¿DEBEMOS TEMERLE O ABRAZARLA?

Darío Sztajnszrajber nos espera sentado en una pequeña habitación con vista hacia 7 y 47, con las manos juntas sobre la mesa y la mirada perdida en el paisaje platense. Es 17 de mayo y ha llegado a la Facultad de Ciencias Económicas para participar de la 9ª Jornada de Administración, donde ofrecerá la conferencia “La educación como experiencia post-áulica”. Pero antes de entrar a aquella Aula Magna repleta de estudiantes, graduados, docentes y participantes en general que lo siguen en sus apariciones públicas, Darío accede a charlar con nosotros.

Afuera, la ciudad se expresa en su hora pico, como un terremoto, latiendo: bocinazos, motores, gritos. Entonces

un *ringtone* irrumpe desde la otra dirección, y una alarma se enciende en la habitación contigua. Miramos nuestros propios celulares sobre la mesa: amenazan con vibrar, con sonar y convertirnos en parte de aquella sinfonía urbana, de conectarnos con el zumbido del mundo exterior. De eso queremos hablar, de cómo la hiperconexión nos transforma, si lo hace, y cómo atraviesa nuestra educación. Pero primero hay que decir que Darío Sztajnszrajber es filósofo, ensayista, gestor cultural y docente en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, en la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de Hurlingham. Además es reconocido, principalmente, por su programa “Mentira la Verdad” que se emite por Canal Encuentro

y ya cuenta con cuatro temporadas. El mismo, fue nominado tres veces para el Emmy y fue ganador del prestigioso *JapanPrize*. A su vez, es autor del libro “¿Para qué sirve la filosofía?”, director y protagonista del espectáculo “Desencajados” y, actualmente, se encuentra presentando el espectáculo “Preguntas de la historia y la filosofía”, junto a Felipe Pigna.

¿Qué nuevas perspectivas abre la tecnología a la hora de intentar construir pedagogías que lleguen a los estudiantes?

Creo que hay un prejuicio muy grande con la tecnología, sobre todo, porque obliga a reinventar prácticas docentes a las que uno está acostumbrado, entonces lo fácil es tener una relación de inmunización con la tecnología: pensar que la revolución informática genera “carencia”, básicamente. De esta manera, se generan posiciones muy conservadoras que piensan a la docencia del siglo pasado como más plena, mientras la irrupción de la tecnología generaría desconcentración o, sobre todo, capacidades múltiples que entran en pugna entre sí, haciendo que el estudiante no pueda disponer de ninguna de ellas en su totalidad.

Creo que históricamente la tecnología ha generado siempre una transformación y no es algo externo al ser humano. Mirarla o tenerla como algo exterior es una forma de no hacerse cargo del impacto que esto genera. Creo que, en la medida en que se puedan empezar a vislumbrar las potencialidades tecnológicas a través de los nuevos formatos informáticos, vamos a poder generar un aula diferente, un aula que pueda asumir a la nueva tecnología no desde la autodefensa, sino desde las múltiples posibilidades que brinda para que sea realmente una expresión de nuestro tiempo.

Si no se diera esto, se terminará convirtiendo en un espacio que, por buscar sacralizarlo, se ausentaría de los grandes problemas que se viven en la sociedad.

Creo que, en este sentido, el aula tradicional se está muriendo y que la tecnología posibilita hoy nuevos formatos realmente muy renovadores y abiertos, como para que la institucionalidad pueda, en todo caso, ir lentamente acercándose a vislumbrar de qué manera incorporar esto para reinventar la práctica educativa.

Recuerdo cuando en la escuela o la Universidad nos decían que páginas como Wikipedia o el Rincón del Vago, lugares de construcción colectiva del conocimiento, no eran fiables, sino que había algo casi necesario, algo que, por su naturaleza digital y colectiva, era poco fiable, dudoso.

El rigor y la falta de rigor atraviesan distintos tipos de dispositivos, ¿no? Hay libros pocos rigurosos. Hay, obviamente, una accesibilidad a Wikipedia que la hace, en todo caso, aparentemente más peligrosa. Pero también uno puede acceder a la revista Gente de una manera simple y directa. Entonces el rigor para mí no está atravesado por la tecnología sino al revés: esta especie de tecnofobia que hay va construyendo prejuicios para justificar sus propias posiciones.

Entonces la tecnología brinda posibilidades positivas y negativas, como todo. Yo no creo que en ese sentido haya que pensar a la tecnología en términos de grieta, como que todo lo que trae es negativo, sino que es al revés en todo caso, cualquier dispositivo tecnológico como la rueda y el fuego hasta hoy tienen posibilidades positivas y negativas.

Alguna vez dijiste que somos “docentes del siglo XX en instituciones del siglo XIX con alumnos del siglo XXI”, ¿se puede hacer funcionar esta ecuación o hay que transformarla?

Bueno, es difícil. Yo creo que cuando las instituciones puedan llegar al siglo XX nuestros estudiantes van a estar en el siglo XXII. Pero lo propio de la institución me parece que es siempre ser conservadora, por algo instituyen y cuidan la reproducción de lo existente.

“(…)un aula que pueda asumir a la nueva tecnología no desde la autodefensa, sino desde las múltiples posibilidades que brinda, y que sea realmente una expresión de nuestro tiempo”.



Incluso desde ese lugar me parece que no tiene sentido pelearse con la institución planteando otras alternativas, ¿no? Porque las “instituciones alternativas”, en la medida en que sean instituciones, en algún punto van a generar un marco normativo que engulle, que encorseta lo propio del espíritu crítico que anima cualquier transferencia educativa, que es traspasar esos límites.

Por ahí hay que cambiar de paradigma: es una relación que tenemos con la institución de permanente desmarque, estamos desmarcándonos y viendo de qué manera, juntos en ese desmarque, reinventar el lazo. Las instituciones cambian y mientras va cambiando todo, ¿no?

Ahora sí hay formatos tecnológicos que se pueden incorporar. Un programa de televisión educativo, hoy, yo creo que es aula también; o un grupo de Whatsapp: yo en mi práctica docente utilizo grupos de Whatsapp para debatir filosofía con los estudiantes. Y es mucho más productivo el debate que se da en este espacio que el que se da en el aula tradicional.

Entonces, es importante empezar a pensar esquemas que cambian de raíz lo educativo, y no de manera

accidental, no es “hagamos un listado de mails para informar cualquier cosa”. Es el diseño mismo de la práctica docente el que empieza a tener otras posibilidades.

Digamos que se puede construir con otras herramientas y de otra manera...

Ni hablar. En los grupos de Whatsapp que yo trabajo es impresionante cómo se provoca el debate. Ahora, la máxima intervención de los chicos se da los fines de semana, a trasnoche. Entonces, evidentemente, ahí estás rompiendo ciertos esquemas; probablemente alguno no esté en su cabal juicio y, sin embargo, no se genera ni violencia, ni falta de rigor, sino otro tipo de involucramiento. Obviamente, después hay que repensar todo el esquema: no evaluás Whatsapp. Entonces a la hora de la evaluación se produce, también de forma paralela, la necesidad de ver cómo reinventar ese lugar, que es el más problemático. Pero bueno, la idea es, por lo menos, descentrar el aula. Para mí, la muerte del aula es su descentramiento, ¿no? Que por ahí no pase lo único.



Conferencia en la 9ª Jornada de Administración FCE UNLP

Has hablado, en otras ocasiones, de la burocratización y de la erotización del saber, como conceptos que hablan, por un lado, de la cuestión evaluativa y, por el otro, de cómo acercarse al estudiante, cómo encarar ese diálogo. ¿Son estos dos conceptos formas en pugna hoy en día a la hora de tratar la educación?

De tratar la educación sí. Después no sé, debe haber burócratas erotizados con la reproducción de lo existente. Pero el eros me parece que se puede provocar en la transferencia pedagógica, es un eros que no se reduce al placer, sino que es un eros transformador. Y no hay burocracia transformadora,

“El eros que se puede provocar en la transferencia pedagógica, es un eros que no se reduce al placer, sino que es un eros transformador”.

al revés, lo propio de la burocracia es interrumpir la transformación.

La burocratización del saber tampoco es que tiene que ver con el modo en que entendemos la burocracia en términos de lo público. Yo pienso más la burocracia como el triunfo del procedimentalismo sobre los contenidos. Es decir, podemos tener alumnos con una gran capacidad de dar exámenes y sacarse todos diez, pero que no hayan aprendido nada, o que no hayan

transformado algo de su saber previo en función de lo que reciben en la escuela. Entonces ahí se juega un poco cómo repensar la educación desde ese lugar y creo que la educación no formal, en ese sentido, es mucho más transformadora que la educación formal que se ha ido abstrayendo de la cuestión más axiológica, más valorativa, más personal y se volvió así como un esquema de especialistas donde aprendés las tres o cuatro reglas que tenés que manejar. Con esto se produce esa escisión muy propia de nuestro tiempo capitalista entre profesión y vocación, ¿no? Nos convertimos en grandes profesionales y la vocación pasa por otro lado. Ahí está la deserotización, porque vas a buscar la vocación fuera del aula, ¿Y por qué? Si en realidad “escuela” en griego significaba “tiempo libre”. Era el lugar donde uno iba, vocacionalmente, a hacer lo propio, mientras que hoy se convirtió en un espacio completamente repulsivo de lo vocacional.

Entonces hoy hay que tratar de revisar ese esquema no para meter a los chicos en el aula e intentar erotizarla, sino entender que el aula ha explotado. Entonces, ¿cómo, a nivel institucional, repensar esta nueva experiencia post-áulica para que la educación recupere esa vocación transformadora?

A propósito de “Mentira la Verdad”, el programa que conducís en Canal Encuentro ¿Cómo se articula la filosofía y la pedagogía dentro de un espacio como el televisivo, donde quizás imperan otras lógicas, más cercanas al mercado y lo privado-empresarial?

Yo creo que no hay “una” televisión. Si hubiera una sola televisión entendería más a dónde vas, pero

justamente Canal Encuentro no está en la grilla, en el sentido de que no mide y no piensa su programación en esos términos. Y por sobre todas estas cosas, el mayor acceso a los programas, por lo menos en “Mentira la Verdad” no tiene que ver con la televisión, sino con la explosión transmediática a través de internet. O sea, hay mucho más acceso al programa desde las redes que desde la televisión.

Creo que es un programa que no pudo hacerse sino en un contexto de una política comunicacional, cultural y educativa que apostó por transformar no sólo la cuestión del saber, sino también, la cuestión comunicacional. Muchos de los programas que hicimos en Canal Encuentro generaron como esa fisura, o sea, no sólo motivaron a que la academia se repiensé en términos de llegada, sino que también motivaron a que se repiensé la televisión y, fue así que las estructuras audiovisuales de muchos programas empezaron a entrever que el mundo de lo académico brinda también contenidos e interés.

Ahora yo creo que son programas que no funcionarían en la televisión comercial, para nada. No podrías poner “Mentira la Verdad” a las 22 hs. compitiendo con Tinelli o con Intratables, porque uno a esa hora, en la televisión abierta, va en busca de otra cosa: el televisor como un compañero que está cenando con vos y, cuando alguien pega un grito, le das bola como cuando un hijo pega un grito y se hace escuchar. Acá en los debates televisivos pasa lo mismo. O cuando alguien baila y todo el mundo aplaude, entonces pones la mirada un rato.

En cambio nuestros programas en general se bajan, se ven en el aula, a la noche, se escuchan muchas veces. Ahí asistimos a una transformación tal vez más compleja del mundo televisivo, donde todavía nosotros pensamos a la televisión en función de lo que pasa en los dos o tres canales en el primetime. Y me parece que hay una vuelta por ahí, por detrás, muy grossa, que hace que no sólo nuestro programa, sino muchísimas experiencias, exploten a nivel de lo que es la circulación.

Yo estuve el mes pasado invitado en Colombia una semana, y te digo que no paraba de venir gente que

estudiaba con nuestros programas en las escuelas más recónditas de las montañas colombianas. Era impresionante que todo el mundo te conocía, todo el mundo estudiaba con eso, ¿no? Pero miles te digo. Y uno dice, ¿por qué? ¿Cómo llegó? Y bueno, alguien quería que le expliquen el “poder” y se bajó el programa.

¿Te consideras un creativo? Digamos por este modelo de divulgación de la filosofía...

Sí, digamos, yo nunca pude dar una clase si la clase no inspira. Entonces siempre trabajé al mismo tiempo ambas cosas, los contenidos, pero también las formas. Siempre mis clases fueron algo así como un espectáculo, desestructuradas, buscando la cotidianización de los conceptos, el involucramiento. Usando recursos más propios del espectáculo que del aula tradicional.

“Yo nunca pude dar una clase si la clase no inspira. Entonces siempre trabajé al mismo tiempo ambas cosas, los contenidos, pero también las formas”.

Pero bueno, hoy claramente te digo que un aula también es una cuestión de escenas, ¿no? Entonces el que decide ir a un aula y dar una clase sentado en el escritorio, leyendo lo que escribió, también es una forma de exponerse. No es que sólo hacemos espectáculo los que buscamos la vuelta a la transferencia, el que decide quedarse parado rígido y leer, eso también es una forma de presentarse ante el otro. Monta un escenario, sin escenario, pero no deja de ser una apuesta. ■